

...y nos salieron canas

Sandra M. Valero y Diana C. Quintero*

Los juegos de los niños no son juegos, sino hay que juzgarlos como sus acciones más serias.

Montaigne

Los tiempos han transcurrido y es mucho lo que ha cambiado: la estructura de la ciudad se ha modificado y ahora nos enfrentamos a un megamonstruo urbano de arquitectura de tiempos mezclados; nuestra vida, respecto de la de los abuelos, parece separada por varios siglos, y si nos comparamos con los niños de hoy, encontraremos que ya tenemos telarañas en los recuerdos, pues ahora somos viejos.

Mucho ha variado de generación en generación, pero los cambios realmente parecen abismales si comparamos los juegos de hace sesenta u ochenta años con los de ahora, con los de nuestros niños de tres o cuatro años. Es nuestro objetivo dar una opinión al respecto. Al hablar con nuestros abuelos nos dan ganas de dar gracias por los cambios que se han producido respecto de la visión de la infancia; no concebíamos que nuestros padres nos hubiesen vetado el juego y creyeran que el trabajo es fundamental para el desarrollo niño, cosa que sucedió en la infancia de los abuelos, por supuesto, sin que pretendamos dar juicios de valor sobre ello. Para nuestros abuelos los juegos y juguetes que tuvimos eran cosas traídas de los cabellos, mientras que para nosotros los juegos y juguetes de los niños más pequeños son cosas de delirios futuristas. Ninguno de nosotros imaginó que las muñecas realmente llegasen a gestualizar o que el perro fuese reemplazado por un “pseudoperro” de peluche con ínfulas de androide.

Ahora no le hallamos pies ni cabeza a lo que juegan los niños. Quizás la imaginación se nos atrofió o ellos están fuera de los límites de nuestra mente; quizás el tiempo se nos adelantó y ya nos quedamos cortos en las cosas modernas; o tal vez sólo pasó que realmente nos hicimos viejos y nos salieron canas. Claro, esto no quiere decir que con esfuerzos, bastante dedicación y muchas horas de televisión no podamos entenderlos y volver a jugar con ellos; si tuvimos que sufrir a la profesora que nos ponía a jugar “agua de limón” cuando sólo queríamos ser un caballero del zodiaco, entonces debemos evitar ser ese profesor de juegos arcaicos que no entiende a la juventud. Es cierto que nuestros abuelos se divertieron con el trompo, extrañamente gigante, de madera, o con los garvinches. Eso es tan válido como divertirnos con los primeros carritos de control remoto y los juegos al aire libre. Sin embargo, que esos juegos pasados hayan divertido a nuestros abuelos y a nosotros, no implica que diviertan a los niños que creen que la X Box ha existido siempre.

En fin, es claro que ya pertenecemos a las arenas del tiempo pasado, que somos una masa a la que cualquier computador gana en cualquier juego; ya sufrimos del síndrome de la nostalgia, bien sea por nuestros juegos o por los moto-ratones de Marte. Sin embargo, es nuestro deber entender los juegos de ahora y forzarnos a comprender los programas de televisión que ven los niños, para tener una visión clara de cómo perciben el mundo y qué lo compone para ellos.

* Estudiantes de II semestre de la Licenciatura de Pedagogía Infantil de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.